

las gracias por vuestro consentimiento... Espero que Elena, con el tiempo, sabrá hacer vuestra conquista como ha hecho la mía.

Cogió la mano de su madre, se inclinó galantemente y la llevó á sus labios.

Después salió sin pronunciar una palabra.

La condesa, despavorida, con los ojos fijos, escuchó el ruido de sus pasos que se alejaban, y apretando los dientes murmuró:

—No, ese infame matrimonio no se verificará.

En seguida llamó con mano furiosa.

Launay no estaba lejos.

Intrigada por la conversación del hijo y de la madre, sorprendida por la agitación de su ama, se había quedado en la habitación contigua, desde la que había oído algunas palabras que debían turbar su curiosidad.

Entró.

—¡Mi coche!—dijo la señora de Corbière.

Pocos momentos más tarde salía del hotel el cupé de la condesa.

Y Launay, más sorprendida que nunca del aire extraviado de su ama, se preguntaba:

—¿Qué pasa?

Se tocó la frente, y contestándose á sí misma, dijo:

—Es preciso que yo lo sepa, y voy á saberlo.

Y vivamente entró en el vestíbulo, subió la escalera y penetró en el salón que la condesa acababa de abandonar.

III

Mujer de la alta sociedad y mujer del pueblo.

La señora de Corbière huía de su hotel como de un sitio maldito,

Por más que se repetía, mientras que su cupé rodaba hacia la calle de Richelieu, que aquella boda era imposible, que no se verificaría, que ella sabría impedirlo, se sentía deteidan ante un obstáculo infranqueable.

Y, en efecto, un solo medio la quedaba.

Confesar la infamia de que se había hecho culpable no cumpliendo la recomendación de su marido.

Pero entonces se vería eternamente condenada á avergonzarse ante aquel hijo que acababa de hablar con el mayor desprecio de los cobardes que habían abandonado á Elena, que la habían tratado tan mal encerrándola en su infancia en la triste casa de Passy, en donde había vegetado tantos años sin padres, sin protectores y sin amigos.

La sería preciso confesar que había llevado la avaricia hasta negar á aquella abandonada una parcela de los millones de su padre.

Todo su ser se sublevaba contra este rebajamiento.

Cuando llegó enfrente de la casa de la comadrona, á quien en otros tiempos encargó del cuidado de Elena, de aquella confidente forzada de su infamia, se sentía más que nunca indecisa, turbada.

¿Qué iba á decirle?

Al salir del hotel había dado al azar á su cochero las señas de la señora Firmin, no sabiendo á donde ir ni de quien aconsejarse.

Vaciló un momento en bajarse del coche y estuvo á punto de dar orden para volverse atrás.

Pero se decidió.

Al subir la escalera que conducía al cuarto de la comadrona, el corazón de la condesa, tan duro, tan helado, latía con más fuerza que de ordinario.

Se decía que después de todo su secreto la pertenecía, que era dueña de él; que aquella comadrona era su única confidente y que ni aun á ella la había revelado jamás el motivo por qué se interesaba por aquella Elena Noel; que dependía, pues, de ella sola hablar ó callarse; que, en fin, si por casualidad á pesar de su reserva la señora Firmin había comprendido la causa de su interés la quedaba el recurso de comprar su silencio.

Y recobrando un poco de sangre fría llamó.

Una criadita salió á abrir:

La condesa preguntó:

—¿La señora Firmin?

—Aquí es.

—¿Está visible?

—Sí la señora quiere entrar...

La criada abrió la puerta del salón en donde la comadrona había recibido al conde Gabriel.

La señora de Corbiere pasó.

Aquella á quien ella quería ver no estaba lejos,

Hacia bastantes años que la condesa no oía su voz.

Sin embargo, la conoció en seguida.

La comadrona hablaba con una mujer en una habitación contigua al salón con el que se comunicaba por una puerta que estaba abierta.

La condesa pudo, pues, sin quererlo, oír lo que hablaban las dos mujeres.

—¿De modo que—decía la comadrona—esa pobre joven ha tenido la desgracia de perder su hijo?

—¡Ay! sí. Un niño hermosísimo. Era un encanto. Jamás había estado enfermo. Y de pronto, sin que se pudiese sospechar nada, le atacó el croup y, no dió apenas tiempo para prevenir á la madre, murió. Cuando ella llegó con un afamado doctor. El doctor Villers.

—¡Ya lo creo... una notabilidad!... ¡Es del Instituto!... ¿Un anciano de cabellos blancos?

—Como la nieve. Pues bien, mi querida señora, el Instituto entero que hubiera ido no hubiera podido hacer más.

—¡Por fin murió!

—Sí, entre los brazos de su madre, y daba pena ver el desconuelo de la pobre mujer. Le mecía en sus brazos y le besaba á cada instante. Cuando se le puso en su cajita, lloraba como una Magdalena.

—¿Eso ocurrió?

—El domingo próximo hará tres meses; está enterrado en el cementerio de La Celle. La madre ha hecho poner una lápida en la que no hay más que un nombre: Rolando.

—Eso es Raro, pero hay más de una histo-

ria como esa en París, mi querida señora La-perre. ¡Si supieséis qué cosas he visto en este mundo!

—Una cosa me ha llamado la atención—repuso la nodriza.

—¿Cuál?

—Es que nuestra señorita...

—¿Qué señorita?

—La hija de la condesa de Corbiere, la señorita Fernanda, al saber la muerte del niño, estaba casi tan triste como la madre, y estos últimos días, en una excursión que hizo á Fontaine, Luisa, mi hija, que pasaba por cerca del cementerio, la vió arrodillada sobre la tumba del pequeño!...

—¡Ah!

—Mientras el niño vivió, iba ella muchas veces á mi casa: se ocupaba de él; le acariciaba y besaba como si hubiera sido suyo... Hasta el punto de que estábamos sorprendidas mi hija y yo... Pero después de todo esa señorita es tan buena... y, la verdad, el niño era un amor!... ¿No tenéis más que mandarme, señora Firmin?

—No, nada... Cuidad bien á los chiquitines.

—No tengáis cuidado... ¡Se hace lo que se puede!

—¡Ya lo sé! ¡Ah! se me olvidaba... ¿No tenéis noticias de vuestra antigua pensionista?

—¿Cuál?

—¿Esa de quien os hablé la última vez que nos vimos?

—¿Elena?

—Sí, Elena Noel.

—¡No, jamás! Ni aun sé que ha sido de ella. Me alegraría, sin embargo, saber donde está... ¡Tal vez haya muerto ó esté lejos de aquí!

La comadrona no contestó.

Se alejó con la nodriza.

La condesa oyó que se cerraba una puerta; después el roce de faldas sobre el pavimento, y la comadrona entró en la sala.

Al ver á la persona que la esperaba, se detuvo á pocos pasos de ella, hizo un esfuerzo para poner un nombre sobre aquella cara que no le era desconocida, y creyendo recordar, preguntó:

—¿Si no me engaño, sois la señora condesa de Corbiere?

—La misma.

En aquel salón de un gusto dudoso, no era la riquísima millonaria quien tenía aires de gran señora.

Era la otra.

—No sabía que erais vos quien estaba aquí —dijo.—No os hubiera hecho esperar. Dignaos dispensarme.

Indicó una butaca á la condesa y la dijo sentándose ella en otra.

—¿A qué debo el gusto de veros en esta casa?

La condesa sentía cierta perplejidad enfrente de aquella mujer, que era, sin embargo, de una posición muy inferior á la suya.

Comenzó diciendo con cierta vacilación:

—Sin querer he oído un nombre que habéis pronunciado hace un momento.

—¿El de Elena Noel?

—Justamente.

—Me intereso mucho por todas las criaturas de que he estado encargada con uno ú otro título, señora condesa.

—Tenéis una memoria feliz.

—Es bastante feliz, en efecto; pero la historia de Elena Noel es de las que la estimulan y se fijan demasiado en la imaginación.

—Habéis hablado de otra criatura.

—Es perfectamente exacto, de un pobre pequeño, muy guapito, que ha muerto hace pocos meses...

—¿Fuisteis vos quien le colocó en casa de la viuda Lapierre?

—Por una serie de circunstancias sencillas. Mi hija, que acaba de terminar sus estudios, iba todos los días á la clínica, enfrente de la Escuela de Medicina.

Se interesó por una joven seducida que acababa de dar á luz en el hospital. Me habló del niño... La viuda Lapierre buscaba unorro. Tomo ese... Ciertamente esa buena mujer hace lo que puede y es raro encontrar nodrizas como ella. Pero en esas casas pobres, húmedas en el invierno, casi siempre heladas, los niños están muy expuestos á las enfermedades... Además los médicos están tan lejos que casi siempre llegan tarde.... Esto es lo que ha ocurrido... Esa pobre criatura murió del croup... ¡Se llamaba Rolando! Era también un desheredado. No tenía más que á su madre para sostenerle y una mujer haría mucho con ganar para ella, sobre todo cuando quiere permanecer honrada. Volvamos al objeto de vuestra visita,

La cara de la condesa había sufrido una porción de cambios durante la explicación que la condenaba una vez más.

La comadrona parecía acusarla de la muerte de aquella criatura, y aquella condenación la hería con tanta más violencia cuanto que la que la pronunciaba ignoraba hasta que punto era culpable.

La señora de Corbière repuso con visible emoción:

—Quería hablaros de esa Elena Noel.

La señora Firmin fijó en la condesa sus grandes y penetrantes ojos y esperó:

—Recordaréis—repuso la condesa—que os rogué hace mucho tiempo, que me sirvierais de intermediaria para una misión que tenía que cumplir. Un amigo me había suplicado que velase por la educación de esa pobre joven, en ciertas condiciones determinadas por él.

Una sonrisa amarga crispó los labios de la comadrona.

—Ese amigo no podía ser otro que el padre de Elena, observó.

—Puede ser.

—Si era rico, como todo induce á creerlo, puesto que gozaba del privilegio de vuestra amistad, se mostró bien injusto con su hija...

—Pero.

—Me atrevo á decir que dió pruebas de una avaricia horrible y de una crueldad culpable.

—No me toca á mí juzgarla.

—Sería mejor, señora condesa, dejar á una criatura en la nada que condenarla á una existencia comparable á la de esa joven...

—El que me encargó de esa misión ya no existe; de aquí que es inútil justificar ó condenar su conducta... Yo venía á preguntaros simplemente si habéis oído hablar de esa Elena Noel...

—¿Desde hace poco?

—Sí, desde hace algunos meses.

El tono de la condesa se había hecho agresivo y duro.

La censura indirecta de que acababa de ser objeto azotaba su orgullo, siempre en pie.

Adivinaba un enemigo en aquella mujer, á quien se había habituado á mirar como á una subalterna, y quien no se doblegaba ante ella.

—Sí—replicó la comadrona,—he oído hablar de esa joven, y en circunstancias tan extraordinarias, que apenas me atrevo á exponérselas...

—¿Y si yo os lo rogara?

—Me resolvería á hacerlo, por repugnante que me sea pensar en el drama que en estos momentos se representa á su alrededor.

—¡Ah!

—Y á vuestro alrededor, señora condesa...

Al pronunciar estas palabras, la comadrona dirigió á la condesa una mirada que la hizo estremecer.

Sin embargo, replicó tratando de conservar su sangre fría.

—¿Creéis en efecto que alrededor de Elena y de mí se representa un drama tan horrible?

—Sí—repuso la comadrona—y deseo que termine menós trágicamente que yo pienso.

—¿Qué sabéis, pues?

—Vais á oírlo. Hace algún tiempo me anunciaron una de tantas visitas que recibo. Era la de un hombre de la alta sociedad que me hacía pasar su tarjeta. La tarjeta decía: «El conde Gabriel de Corbiere.» Al leer este apellido que me era conocido, puesto que era el vuestro, señora, me pregunté que podía querer de mí ese caballero. No descubro secreto alguno al decir que venía á hablarme de esa Elena con la que circunstancias muy sencillas le habían puesto en relación. En dos palabras, el era joven, ella era guapa. Comprendí fácilmente la clase de interés que le movía á ocuparse de esa joven. El señor de Corbiere, que ya debía tener concebido un plan para el porvenir, deseaba informes sobre el origen de Elena Noel. Había creído que dirigiéndose á mí podría obtenerlos y estaba decidido á sacrificar una fuerte suma para comprarlos, si yo no consentía en dárselos más que por dinero. ¿Soy bastante clara?

—Perfectamente clara. Continúa, os lo ruego.

—Es muy cierto—repuso la señora Firmin—que el señor de Corbiere, me ofreció una suma considerable... Cien mil francos... por darle el nombre del padre de Elena.

—¿Cómo hubierais podido decírselo, si no lo sabiais?

Esta pregunta fué hecha por la condesa en un tono que hizo que la comadrona se pusiera violentamente colorada.

Sin embargo dominó el movimiento de cólera que la agitaba.

—¿Querréis decir—preguntó á su vez—que sois la sola persona que posee el secreto del nacimiento de esa criatura?

—En efecto, yo no os he revelado nada de su origen... Yo tenía interés en que permaneciese desconocido...

—Olvidáis que otro había hablado ántes que vos.

—¿Mi marido?

—El mismo.

—El señor de Corbière os había...

—Dicho todo, sí, señora.

—¿Es posible?

—El señor de Corbière ha hecho más... Escribió...

—¿A vos?

—No, á la señora Durand, pero la señora Durand no tenía secretos para mí?

—¿Y guardáis esas cartas?

—Con otras muchas que me legó como un recurso en caso de necesidad.

La comadrona añadió con gran dignidad.

—Ella sabía que yo era incapaz de abusar de nadie. Las guardo; pero no me aprovecho de ellas. Si yo quisiera vender los secretos de que soy depositaria, sería rica mañana. Ese dinero me quemaría los dedos, y me daría vergüenza tocarlo.

Se incorporó de pronto, y añadió:

Y además, ¿creéis que por falta de cartas y de reconocimientos, sea difícil penetrar en el misterio que las gentes de la alta sociedad, como vos, tratan á veces de ocultarnos, haciendo uso siempre de nosotros para no se se-

pan sus debilidades y á veces sus infamias?...

—¿Señora!...

—¡Esa es la palabra, y no la retiro! Sería preciso suponernos ciegos. Como, por ejemplo: un personaje considerable, el conde de Corbière Latouche, que viene aquí, nos entrega una criatura, se encarga de su pensión, recomienda que se la coloque en casa de una aldeana, cerca de uno de sus castillos... Va él á verla á cada instante, se informa de ella, y promete asegurar su porvenir... Muere sin haber tenido tiempo de llevar á cabo sus proyectos, y luego, su viuda, de otro temple que él, avara y rencorosa, temiendo tal vez que sus propios hijos no sean bastante ricos, celosa de la parte de herencia que un bastardo pudiera quitarla, la hace trasladar á casa de otra aldeana, la deja vegetar allí tres años, y en seguida la encierra en la más triste de las pensiones. Cuando la pensionista llega á la edad en que las jóvenes vuelven al seno de sus familias, la arroja cuatro mil francos, como una limosna, y hace que la digan: «¡Eres sola, extraña á todo y á todos! ¡Marcha, entra en la gran mezcla de la vida, y sal de apuros como puedas!...»

La señora Firmin se detuvo.

Fijó en la cara de la condesa sus grandes ojos y añadió:

—¿Y queríais que yo no supiese quién fué el padre de esa abandonada? Eso sería suponerme demasiado simple, señora. No he necesitado ni inteligencia ni reflexión. He visto, he oído, y poseo cartas que puedo haceros ver, si dudais de mis palabras.

—Entonces, ¿por qué no habéis aceptado los cien mil francos del conde?

La comadrona se mordió los labios.

—Rehusé los cien mil francos del señor Corbiere, primero porque no me creía con derecho para vender un secreto que no era mío, y después, porque si hubiera creído deber hablar, no hubiera sido sino por evitar un mal. El señor de Corbiere me hizo algunas confianzas, á las que no haré traición... El porvenir será el que Dios quiera. No tendré nada que reprocharme. Si queréis conocer mejor las razones de mi silencio, preguntad á vuestro hijo... Seguidle... ¡Preguntadle adónde va, lo que hace, qué situación ocupa esa Elena Noel, á quien vos dejásteis sin recursos y para con quien él ha reparado vuestras injusticias! ¡Y entonces sabréis qué terrible conclusión debéis esperar!

—¿Será su querida esa joven?

—¿Para qué callarlo, después de todo?

—Pero esa boda...

—Es demasiado tarde para que yo hable; ya no es tiempo de obrar para vos.

La condesa se levantó, dió algunos pasos por la sala, y con las manos apoyadas en un velador:

—Tenéis razón—dijo.—Una situación tal no tiene ya remedio. Pero si somos nosotros los únicos que no ignoramos ese mal, ¿qué importa que exista? Yo pagaré vuestro silencio al mismo precio que él quería pagar vuestras revelaciones.

Y como la comadrona callase, la señora de Corbiere continuó:

—Rehusásteis su oferta para evitar una desgracia; aceptad la mía con el mismo fin. ¿Queréis?

—¡No, señora! No quiero recibir nada de vos... No sé lo que haré... pero consultaré mi conciencia.

—¿Os parece poco lo que os ofrezco? Doblaré la suma.

La señora Firmin hizo gesto de desprecio y exclamó:

—Cuando esa desgraciada os necesitó fué cuando debisteis haber abierto vuestro bolsillo... Además, aunque yo consintiera, hay alguien además de nosotros que puede revelar á vuestro hijo hechos que suponéis conocidos solo de nosotros... ¡Adiós, señora, y El quiera que no os arrepintáis de vuestros actos.

Era inútil insistir.

La señora de Corbiere lo comprendió.

—Ya lo pensaréis—dijo disponiéndose á salir.

La comadrona movió la cabeza.

—¿Para qué?—contestó lentamente.—Desde la visita del conde, estoy asustada de la situación que vuestra avaricia y vuestro orgullo han creado y no entreveo más que una salida...

—¿Cual?

—Es tan horrible que no quiero ni aun pensar en ello.

La condesa se estremeció, pero añadió todavía:

—Nuestro silencio puede salvarlo todo...

—¡Es posible, pero una sola palabra de otro puede perderlo todo!

—¿De quién queréis hablar?

—Del desconocido que la justicia de Dios puede encargarse de vuestro castigo...—dijo la comadrona levantando los ojos al techo.—
¡Adiós, señora!

La condesa salió trastornada.

Necesitaba respirar.

Las duras verdades que acababa de oír la sofocaban.

—Al Bosque—ordenó á su cochero.

El coche tomó por la calle del Cuatro de Setiembre y por los boulevares.

Recostada en un rincón de su cupé, iba absorta en sus reflexiones.

En vano se preguntaba qué debía hacer.

¿Cómo parar aquel golpe de la suerte?

¿Por qué medio evitar una catástrofe?

La señora Firmín había pronunciado varias veces estas palabras:

—¡Es demasiado tarde!

La condesa se veía obligada á decirse.

—Tiene razón esa mujer.

Era demasiado tarde.

Era preciso abandonarse á la corriente y esperar.

Indiferente á cuanto pasaba al lado de su coche, se sumergía con obstinación en sus recuerdos.

De pronto, su cupé chocó bruscamente y paró.

Se inclinó para conocer la causa de aquella detención.

Un cupé que venía en sentido contrario, estaba cerca del suyo.

En aquel coche iban un hombre y una mujer, ambos jóvenes, muy elegantes y muy distinguidos.

Sus cabezas casi se tocaban.

La condesa los conoció en seguida.

El hombre era el conde Gabriel, su hijo.

La mujer, adorablemente hermosa, de piel deslumbradora de blancura, no podía ser otra que Elena Noel.

Una ola de sangre subió á la garganta de la condesa y estuvo á punto de asfixiarse.

¡Demasiado tarde!

Se dejó caer vivamente en el fondo del coche.

Y diez segundos más tarde, cuando el cupé de su hijo se hubo alejado, ordenó con rabia al cochero:

—¡Al hotel!

Y sola, con los dedos crispados, los labios blancos, pareció desafiar al destino, diciendo:

—¡Pues bien, sea!... ¡Mi silencio será un nuevo crimen, pero no hablaré!